

LA MISTERIOSA MIRADA DEL FLAMENCO

MARÍA ARANDA OLIVARES

“Para mí, el reconocimiento hacia la película es una manera de decir que seguimos existiendo, que sigue habiendo comunidades diferentes en esta época, en esta ola fascista que estamos atravesando”, afirma Diego Céspedes sobre lo que ha significado para él que *La misteriosa mirada del flamenco*, su primer largometraje, haya sido premiado en Una Cierta Mirada en Cannes y haya recibido el Sebastiane Latino y el premio Dama de la Juventud en el Festival de San Sebastián.

El film, que fue seleccionado en 2020 para Cinéfondation de Cannes e Ikusmira Berriak, está ambientado en los años ochenta, en el árido desierto chileno. Cuenta la historia de Lidia, una niña de once años que crece dentro de una familia “queer” al margen de un pueblo minero, acusada de propagar una extraña enfermedad que, según los rumores, se transmite cuando un hombre ama a otro. Un western moderno que, entre lo trágico y lo fantástico, construye una fábula sobre el miedo, la exclusión y la ternura.

“Es una película que tiene muchos elementos, pero funciona de manera universal en lo que es la familia, el amor y la búsqueda de ternura”, explica Céspedes. A pesar de que sus personajes no comparten lazos de

El director Diego Céspedes deslumbra con su ópera prima

sangre, forman un núcleo afectivo que “busca lo que todos buscamos: pertenecer, darle un significado a la existencia”.

El humor, asegura el director, fue clave en la construcción del tono. “El humor es parte esencial de estas comunidades. Reírse ha sido siempre un acto revolucionario”. Lejos de una visión victimista, el film reivindica una forma de resistencia que se ha expresado históricamente a través del ingenio y la ironía.

La mirada de Lidia, interpretada por Tamara, vertebra toda la narración. “Es una niña que no tiene el prejuicio que tienen los otros. Precisamente ve a los humanos como humanos. Tamara era Lidia. Nos hizo reír desde el primer momento. Tenía la esencia exacta del personaje”. Ese vínculo con la protagonista también fue determinante para Matías, quien interpreta a la madre de Lidia: “Ella tenía la esencia de Lidia: era pesada, me trataba mal, se burlaba, me hacía bromas... y luego me abrazaba”.

Sobre el proceso creativo, Céspedes destaca la importancia de la escritura como etapa inicial e íntima:



Matías Catalán, Bruna Ramírez y Diego Céspedes.

IÑAKI LUIS FAJARDO

“Esencialmente las relaciones principales de la película están inspiradas en mi familia”. Después, al llegar el elenco, se dio una segunda reescritura a través de los ensayos, donde

los actores aportaron sus propias vivencias a los personajes. Bruna, que interpreta a la Leona, lo vivió como un proceso de descubrimiento colectivo: “Disfrutando el momento, el

presente, y con mucha satisfacción de que las personas conozcan esta historia. La película tiene una inocencia particular porque está contada desde los ojos de una niña. No tiene un punto de vista desde lo trans o lo diverso”.

Uno de los temas centrales del film es el VIH. Para Céspedes, era importante “volver a hablar del VIH para retomar el aprendizaje”. Lo que le interesa, dice, es poner el foco en “el miedo, que se transformaba en odio”.

Consciente del contexto político de su país, el director no evita posicionarse: “Hoy en día los artistas tenemos que ser más políticos. Tenemos que radicalizarnos”. Matías añade que “estamos frente a un posible gobierno de ultraderecha que incluso ha hablado de cerrar el Ministerio de Cultura. En Chile tenemos miedo de que gane la ignorancia”.

En esa tensión, Diego Céspedes logra construir una película luminosa, una historia sobre cómo el afecto puede ser, también, un acto de disidencia.

HIEDRA

Mirar fuera de lo estrictamente autobiográfico

M. A. O.

La cineasta ecuatoriana Ana Cristina Barragán hace triplete en Horizontes Latinos con su nueva película, *Hiedra*, tras pasar por esta misma sección con *Alba*, su primer largo, y *La piel de Pulpo*, que recibió una mención especial en Horizontes Latinos.

En este nuevo film, Barragán relata la historia de Azucena, una joven de treinta años que espía a adolescentes de un orfanato, enfocándose particularmente en Julio.

Podríamos decir que Donostia es su segunda casa.

Sí, Donostia es un lugar muy especial. Viví aquí dos años y además el proyecto se desarrolló en parte en Elías Querejeta, donde escribí el guion. Estar allí un año y medio escribiendo, aprendiendo a filmar, a revelar, tener ese espacio para crear... Fueron dos de los años más felices de mi vida. Con *Hiedra* también estuve en Ikusmira Berriak. Volver es

como regresar a casa. Me siento muy acogida.

Hiedra obtuvo el premio al mejor guion en Orizzonti del Festival de Venecia.

Fue algo muy especial. El simple hecho de estar seleccionada fue un gran honor; es la segunda película ecuatoriana en la historia en participar en una sección oficial de Venecia.

El premio llegó como un regalo y recibirlo fue un impulso enorme, tanto para mí como para el cine ecuatoriano.

¿Cuál es la situación actual del sector en Ecuador?

El cine ecuatoriano ha crecido mucho desde que se estableció la Ley de Cine. Sin embargo, el fondo sigue siendo muy pequeño, lo que nos obliga a recurrir a coproducciones internacionales. Siempre estamos luchando para que se le dé prioridad al cine, entendiendo su valor cultural. Aun así, veo que muchos cineastas están sacando adelan-



Ana Cristina Barragán, directora de *Hiedra*.

IÑAKI LUIS FAJARDO

te su segunda o tercera película. El cine de nuestro país empieza a madurar. Además, hay un auge de nuevas directoras mujeres.

¿Quién ha sido su referente?

Mis referentes han sido mujeres: Lynne Ramsay, Lucrecia Martel, Andrea

Arnold... Me han inspirado profundamente. Ser mujer y cineasta es, seguramente, un camino más complejo que el de un director hombre. Cuando empecé era joven, mujer y con ideas distintas de cómo filmar, y eso muchas veces no se entendía. Me tocó demostrar con resultados

que esa era mi voz y mi manera de hacer cine.

Tus anteriores películas tenían un tono más autobiográfico; esta vez gana la ficción.

Esta historia viene de un lugar menos controlado, más inconsciente, entre el sueño y la vigilia. Surgió de sensaciones sobre la adultez, heridas que arrastramos desde la infancia o la adolescencia. Ese fue el primer hilo, luego empecé a tirar de él y aparecieron temas como la maternidad, el abandono... Quería mirar fuera de lo estrictamente autobiográfico, pero manteniendo esa intimidad que me interesa. Investigué en Ecuador sobre adolescentes que tienen que dejar sus hogares y enfrentarse al mundo.

¿Qué te mueve a contar ciertas historias?

Son realidades que me interpelan profundamente y que siento que necesitan ser contadas.

Por ejemplo, la temática de la nueva película que estoy desarrollando, *Amapola*, surgió porque mi hermana trabajaba en un proyecto de visibilización de la trata en Ecuador. Gracias a eso, pude visitar una casa secreta donde viven temporalmente adolescentes supervivientes de trata, víctimas de situaciones muy duras que muchas veces permanecen invisibles.